

figuras y episodios
de la
historia de México

lfonso Trueba

Nuevo México

ALFONSO TRUEBA

NUEVO MEXICO



Editorial Campeador. México, 1956.

UNIVERSITY OF MICHIGAN

CLASE E403
2
T78
No. 258366
No. 796491

Derechos registrados conforme a la
Ley.—México, D. F., 1956.

796491

O FRECEMOS el primero de una serie de relatos que nos proponemos escribir acerca de las provincias que fueron parte de México y que perdimos en la guerra con los Estados Unidos. Es a nuestro juicio, una historia digna de ser divulgada que demuestra cómo mediante el esfuerzo de muchas generaciones se llevaron las fronteras de la Nueva España hasta el Paralelo 42, se ocuparon enormes provincias y floreció en ellas la civilización occidental.

Poco se sabe acerca de esto. En la escuela sólo se aprende que California, Nuevo México y Texas fueron parte del territorio nacional y que las cedimos a los Estados Unidos al perder la guerra. No se nos dice cómo se ganaron, ni por quiénes, ni qué parte tomaron los mexicanos, es decir, los criollos, los neo-españoles, en las empresas de exploración y conquista. Nos parece que todo es interesante y que debe darse a conocer.

En un folleto anterior referimos la historia de la Expedición a las Siete Ciudades que encabezó don Francisco Vázquez de Coronado, que es el antecedente del relato que hoy ofrecemos, el cual empieza con la narración del viaje del Padre Agustín Rodríguez y sus compañeros franciscanos, hecho cuarenta años después de la expedición de Coronado. Referimos en seguida la jornada de don Antonio de Espejo, los diversos intentos que le sucedieron, y luego la empresa conquistadora del fundador de Nuevo México, el mexicano o neo-español don Juan de Oñate. Completamos el relato con un resumen de los anales de la provincia desde su conquista hasta el año de 1847.

Hay páginas en la historia de Nuevo México, como el lector verá, que honran a nuestra raza. En la provincia ganada por nuestros soldados no se hallaron, por lo pronto, las riquezas buscadas;

UNAM
BIBLIOTECA CENTRAL
DONACION

vuelven los hombres que iban en pos de bienes materiales, pero se quedan los misioneros franciscanos, casi solos, en medio de los gentiles, y construyen un orden social nuevo, elevando a los nativos al plano superior de la cultura. Nuevo México representa un caso típico de la tarea civilizadora de España, que cuando no hallaba en las tierras descubiertas el oro que sus capitanes buscaban, lo gasta en salvar a las gentes.

Nos parece innecesario declarar que el relato que sigue no significa trabajo de investigación por nuestra parte, porque bien sabido es que no somos investigadores, sino divulgadores. Quien compiló el material de la historia de Nuevo México fue el historiador Hubert Howe Bancroft, autor cuyo monumental trabajo resumimos aquí, presentándolo desde un punto de vista mexicano con adición de algunos datos recogidos por investigadores posteriores.

POR UN PERIODO de cuarenta años, el Misterio del Norte dejó de atraer a los exploradores. Después de que la expedición de Francisco Vázquez de Coronado reveló que las doradas Siete Ciudades de Fray Marcos de Niza eran sólo un mito, transcurren cuatro décadas sin que vuelva a intentarse la conquista del territorio donde habían perecido tantos y tan costosos sueños de grandeza. Cibola y Quivira estaban casi olvidadas, o eran apenas una vaga tradición.

En ese tiempo los exploradores se proponen metas más próximas y concretas. Dejan la ruta del Pacífico que siguió Coronado, y desde la mesa central de México marchan a través de Zacatecas y Durango hasta el límite sur del moderno estado de Chihuahua, la región que corresponde a los distritos de Allende y Jiménez. Aquí descubren ricos yacimientos de oro y plata y florece el real de minas de Santa Bárbara, que viene a ser el puesto de avanzada de los neo-españoles en el desierto del Norte, infinito y desconocido.

La pequeña colonia que vive en este lindero de la civilización se compone de arriesgados mineros, soldados y misioneros franciscanos. Uno de éstos es fray Agustín Rodríguez, quien después de servir muchos años en la provincia del Santo Evangelio, o sea en los conventos de México, siendo ya viejo pidió permiso para morar en la custodia de Zacatecas, frontera de infieles. Concedido el permiso, fue a Zacatecas y anduvo peregrinando entre los bárbaros, que lo recibieron siempre como ángel de paz. Finalmente se estableció en Santa Bárbara, último reducto de la cristiandad. Aquí el buen fraile comenzó a tratar a los indios Conchos, que vivían en las riberas del río del mismo nombre, y los cuales, viendo el gran deseo que fray Agustín mostraba de descubrir nuevas gentes para convertirlas a Dios, le informaron de unas grandes poblaciones

que había lejos de allí, hacia el Norte. Alguien en Santa Bárbara tenía una copia del relato de Cabeza de Vaca, que el fraile tuvo oportunidad de leer, y esta lectura vino a inflamar su deseo de visitar el extenso campo de infieles que se extendía allende los ríos y las inmensas planicies desiertas.

Para asegurarse de la verdad, fray Agustín se metió la tierra adentro por la parte que le señalaron, hacia el norte, y halló buenas poblaciones y tuvo noticia de otras mayores. Contento de su hallazgo, vino a México a solicitar autorización del virrey y del provincial para una entrada apostólica. Concedido el permiso, fueron asignados dos sacerdotes a la expedición. Uno se llamaba Fr. Francisco López, era originario de Andalucía y se le nombró superior de la misión. Otro, Fr. Juan de Santa María, catalán, "*ambos mancebos virtuosos y teólogos, que actualmente salían del estudio*". Así pues, la misión quedó formada por tres frailes: un viejo lego animoso, autor de la iniciativa, fray Agustín Rodríguez; y dos jóvenes recién salidos de las aulas, los PP. López y Santa María.

Marcharon los tres misioneros de México a Santa Bárbara, y aquí se organizó la expedición. Nueve soldados se ofrecieron a acompañar a los frailes, con la esperanza de descubrir minas. Mandaba a los soldados Francisco Sánchez Chamuscado. Se agregaron de ocho a quince sirvientes indios y un mestizo llamado Juan Bautista.

El 5 de junio de 1581 partió la expedición de Santa Bárbara, y siguiendo el curso del río Conchos, llegó al Río Grande o Bravo del Norte. Siguió el viaje, a través de los pueblos Piros, hasta la provincia de Tiguas, arriba de Isleta, sobre el Río Santa Fe. En este lugar, visto lo poblado de la tierra y la mansedumbre de los indios, consideraron los Padres la necesidad de enviar a México noticia del descubrimiento. Fray Juan de Santa María, "*mozo dispuesto para todo trabajo*", se ofreció a llevarlas. Era Fr. Juan —dice la crónica del P. Mendieta— naturalmente inclinado y aficionado a saber cosas de astrología, por lo que comúnmente le llamaban el Astrólogo. Fiado en el conocimiento que tenía de las estrellas, tomó otro camino para volver, diverso del que había llevado. Apenas había caminado tres jornadas, le mataron los indios

infieles, "*con un género de muerte cruel, y fue que, acostándose a dormir de cansado junto al camino, le echaron una muy grande galga encima de la cabeza, que le quitó la vida sin poder respirar*".

Los otros dos frailes y su compañía siguieron a Taos, cerca de la frontera de Colorado, y cruzaron el Llano de los Búfalos, al este del Río Pecos. Volviendo al Oeste, visitaron los pueblos de Ácoma y Zuñi. En el camino, algunos de los soldados grabaron sus nombres en el Cerro del Moro, hoy llamado *Inscription Rock*, donde aún son visibles.

Según el cronista franciscano, fue fray Agustín Rodríguez quien puso a la tierra el nombre de Nuevo México¹. Otros acreditan la denominación a don Antonio de Espejo. El nombre fue sugerido por la semejanza de las habitaciones con las del Valle de México, según varios autores. Opinamos, con el historiador Bancroft, que las provincias nuevamente descubiertas al Norte empezaron a llamarse Nuevo México —o Nueva México— desde que se pregonó que eran tan ricas, vastas y pobladas como el antiguo México. Los PP. Rodríguez y López hallaron en Zuñi tres mexicanos que habían ido con Coronado y que después de cuarenta años habían casi olvidado su lengua nativa. De Zuñi la expedición volvió al Este. Los frailes decidieron fundar misión en Puaray, pueblo Tigua, sobre el Río Grande, arriba de Albuquerque, y allí, en efecto, con algunos criados, establecieron su residencia.

La pequeña escolta que mandaba Chamuscado volvió en diciembre o enero de 1582 a tierra de cristianos, dejando a los Padres sin más compañía que la de los criados indios y el mestizo Juan Bautista. Chamuscado enfermó en el camino y murió antes de llegar a Santa Bárbara.

Tres meses más tarde se recibieron en México noticias acerca de los Padres que habían quedado en Puaray, por conducto de dos criados que pudieron huir de la misión. Uno de ellos, llamado Francisco, apareció en Santa Bárbara y dijo que el Padre López había sido muerto por los nativos.

Según la crónica franciscana, los PP. López y Rodríguez que-

¹ MENDIETA, FR. JERÓNIMO, *Historia Eclesiástica Indiana*, Lib. V, cap. IX.

daron en Puaray ocupados en aprender la lengua de los indios para predicarles, y entendiendo en esta buena obra, sucedió que vinieron un día ciertos indios de la comarca, enemigos de los de Puaray, con mano armada para matarlos. Salió el Padre López a persuadirles que se dejasen de discordias y tuviesen paz con sus vecinos, pues todos eran unos. Los bárbaros volvieron contra él su ira, y sin aguardar más razones lo flecharon y dieron con él muerto en tierra.

El viejo Fr. Agustín, muertos sus jóvenes compañeros, quedó solo entre infieles, con cinco indios mexicanos que había llevado. Y como era solo —añade la crónica— y no podía sufrir los pecados y abominaciones que públicamente se hacían, los reprendía a veces con blandura y a veces severamente. Irritados por estas reprensiones, los indios le mataron.

EXPEDICION DE ANTONIO DE ESPEJO

Cuando se supo en México la muerte del P. López, el virrey ordenó que se organizara una expedición de rescate, pues el P. Agustín podía estar vivo. Pero mucho antes de que concluyeran los engorrosos trámites que requería un negocio de esta clase, se organizó una expedición particular, independientemente de las autoridades del reino.

Don Antonio de Espejo, comerciante rico de la ciudad de México que había residido en el real de minas de Santa Bárbara y a quien le gustaba el sabor de la aventura, ofreció a los Padres franciscanos de la Nueva Vizcaya, interesados en saber a ciencia cierta el destino de fray Agustín y sus compañeros, pagar los gastos de la expedición investigadora y servir como jefe de la misma. No hubo tiempo de consultar al virrey, pero el alcalde mayor de Cuatro Ciénegas expidió la necesaria licencia. Se alistaron catorce soldados voluntarios, a los que don Antonio equipó a sus expensas con armas y provisiones. El Padre Bernardino Beltrán se unió a la expedición, que el 11 de noviembre de 1582 dejó el Valle de San Bartolomé, y siguiendo la ruta del Río Conchos hasta su con-

fluencia con el Bravo, llegó a la provincia de los indios Jumanos o Patarabueyes, ya visitados por Cabeza de Vaca. Continuó al Norte y fue a Acoma y Zuñi. Recorridos los pueblos de la provincia, no halló Espejo mayor información acerca de los frailes.

En Zuñi hallaron los expedicionarios cruces erigidas cerca de las ciudades y a los tres indios cristianos del ejército de Coronado. Se llamaban Andrés, Gaspar y Antón, nativos de Culiacán, México y Guadalajara, respectivamente. Estos indios le informaron a Espejo que a sesenta días de viaje, hacia el Oeste, más allá del lugar al que llegaron los hombres de Coronado, había un gran lago a cuyas márgenes vivían muchos pueblos que tenían oro en abundancia y lo usaban en brazaletes y arracadas. Aquí en Zuñi el Padre Beltrán y cuatro o cinco de los soldados determinaron volver a la Nueva Vizcaya, creyendo que era inútil buscar oro y plata donde Coronado no había encontrado ni rastros de estos metales.

Espejo decidió explorar la provincia de que le hablaron, y con nueve soldados, los tres indios cristianos y 150 amigos de Cíbola, marchó hacia el Oeste, y en cuatro días llegó a la provincia de Mohoce o Mohace, que tenía cinco pueblos grandes y unos cincuenta mil habitantes. Estos eran los pueblos Moqui, en Arizona, que recibieron amistosamente a los extranjeros y los regalaron con mantas de algodón y abundante comida, además de halagarles el oído confirmando la noticia de que hacia el Oeste había grandes riquezas.

Espejo visitó los cinco pueblos de la provincia, y seis días después, con cuatro soldados y varios guías Moquis, se puso en camino al Oeste. Anduvo 45 leguas a través de un país montañoso y descubrió —en la región de Prescott— ricas vetas de plata, que más tarde produjeron fabulosa riqueza. Los pueblos que visitó le trataron bien y le informaron de un gran río más allá de las montañas— el Colorado, indudablemente. De la región de las minas, los exploradores volvieron a Zuñi por una ruta directa de 60 leguas.

En Zuñi Espejo encontró no sólo a los cinco hombres que había dejado en Moqui, sino también al Padre Beltrán y sus compañeros, que aún no habían comenzado su viaje de retorno, y Es-

pejo, con ocho soldados, marchó hacia el Río Pecos y visitó Cicuique y otros pueblos ribereños. Hecha la exploración, volvió a Santa Bárbara, a donde llegó el 20 de septiembre de 1583, o sea a los diez meses de viaje.

De este modo, Antonio de Espejo, un empresario privado—observa Bancroft— pacíficamente recorrió de una provincia a otra y sustancialmente obtuvo tan grandes resultados como Coronado con su gran ejército.

OTRAS EXPEDICIONES

Cuando el Padre Beltrán y el improvisado y rico explorador don Antonio de Espejo difundieron las nuevas acerca del país que habían visitado, creció el interés en su conquista. Estas nuevas eran alentadoras. La gente estaba bien dispuesta para recibir nuevos pobladores; el clima era excelente, fértiles las tierras; se habían descubierto ricos minerales de plata cuya explotación produciría espléndidas ganancias. En el campo espiritual los frutos serían no menos abundantes: 250,000 nativos, dóciles e inteligentes, esperaban la predicación de la fe cristiana.

Varias personas se ofrecieron a emprender la conquista de Nuevo México y regiones vecinas. La primera fue don Cristóbal Martín, vecino de la ciudad de México, quien propuso a la Audiencia un proyecto de contrato o capitulaciones conforme al cual se comprometía a emprender la conquista y colonización del país. Gastaría cincuenta mil pesos en equipar dos o trescientos hombres que él mismo conduciría a las nuevas tierras. A cambio de esto se le otorgaría el cargo de capitán general y gobernador del reino, el derecho de nombrar y remover funcionarios, concesiones de tierras, etc.

Don Antonio de Espejo, con la autoridad que le daba su reciente experiencia, pretendió para sí la oportunidad de establecer en Nuevo México el dominio español. Pero don Antonio no quiso entenderse con las autoridades locales y ocurrió directamente al

rey a efecto de que se le concediera "la conquista, pacificación y gobernación" de las provincias de Nuevo México, o Nueva Andalucía, nombre éste que en recuerdo de su lugar de origen dio a las tierras que había explorado. Organizaría una expedición de 400 hombres, 100 de ellos con sus esposas e hijos, bien proveídos de todo lo necesario para ejercitar sus tareas de soldados o de colonos. Gastaría en la empresa cien mil ducados, además de los diez mil que había ya empleado en su jornada exploradora.

Francisco Díaz de Vargas, alguacil mayor y regidor de Puebla, enterado de los proyectos de Espejo, envió una relación a la Corte sobre las diversas expediciones que habían ido a explorar las tierras del Norte de la Nueva España, y finalmente propuso encabezar una más con el fin de comprobar los recientes informes acerca de la existencia de minas.

Ninguna de estas tres proyectadas empresas mereció la aprobación real. Martín, Espejo y Díaz de Vargas cayeron pronto en el olvido y por espacio de cinco años nada se vuelve a decir sobre Nuevo México y sus codiciadas riquezas.

A principios de 1589, Juan Bautista de Lomas y Colmenares, vecino del mineral de Nieves y considerado como el hombre más rico de la Nueva Galicia, presentó al virrey marqués de Villamanrique un memorial de 37 artículos en que proponía emprender la conquista de Nuevo México. La capitulación fue aprobada por el virrey el 11 de marzo de 1589, pero no entró en vigor porque se envió a la corte para que la examinara, y este trámite no llegó a evacuarse.

En 1592 el virrey Velasco, que sucedió al de Villamanrique, firmó nueva capitulación con don Francisco de Urdiñola, quien tampoco efectuó el negocio porque fue arrestado por orden de la audiencia de Guadalajara bajo el cargo de haber envenenado a su esposa.

Mientras que los diversos empresarios nombrados trataron en vano de obtener del rey autoridad legal para marchar a la conquista del Norte, otro determinó hacerla por su cuenta y sin licencia real. Fue éste don Gaspar Castaño de Sosa, quien había sido

alcalde mayor de San Luis Potosí y en 1590 ejercía el cargo de teniente de gobernador de Nuevo León.

Don Gaspar salió el 27 de julio de 1590 de la villa de Almadén —que probablemente pertenecía a la provincia de Nuevo León— con una fuerza de 170 personas, incluyendo mujeres y niños, y un tren de carretas cargadas con las provisiones necesarias para los nuevos colonos.

La expedición cruzó el Río Bravo, atravesó las llanuras de Texas, vadeó el Pecos —Río Salado o Río de las Vacas—, y dejando las mujeres y los niños con el tren de carretas en un lugar llamado Urraca, fue Castaño con la mayor parte de su fuerza rumbo al Noroeste y visitó, en los fríos meses del invierno, 33 ciudades de las provincias que Coronado había descubierto 50 años antes.

Cuando volvía de su gira por los pueblos, Castaño se enteró de que una partida de españoles había venido del sur y andaba en su busca. Pensando que eran refuerzos que se le enviaban, se apresuró a su encuentro, y pronto se halló delante del capitán Juan Morlete que con 50 hombres había venido con órdenes del virrey de arrestarlo por haber hecho una entrada ilegal. Castaño se sometió sin protesta, y puesto en cadenas, fue llevado al sur, con toda su gente.

El poeta Villagrà refirió el suceso diciendo:

*Y por el de noventa entró Castaño,
por ser allá teniente más antiguo
del Reino de León a quien siguieron
muchos nobles soldados valerosos,
cuyo maese de campo se llamaba
Cristóbal de Heredia bien probado
en cosas de la guerra y de buen tino,
para correr muy grandes despoblados,
a los cuales mandó el virrey prendiese
el capitán Morlete, y sin tardarse,
socorrido de mucha soldadesca,
brava, dispuesta y bien ejercitada,
a todos los prendió, y volvió del puesto.*

Otra expedición ilegal fue la que condujeron el portugués Francisco Leiva Bonilla y Juan de Humaña. Enviados por el gobernador de la Nueva Vizcaya a una correría contra indios rebeldes, el capitán Leiva decidió extender sus operaciones a Nuevo México y Quivira, movido por los informes de su riqueza. Atravesaron la llanura de los Búfalos y fueron a Quivira. Aquí, en una riña, Humaña mató a su jefe y asumió el mando de la expedición. Adelante de Quivira, o quizá cuando volvían cargados de oro de estas tierras fabulosas, acamparon en un lugar que desde entonces se llamó Matanza. Los indios prendieron fuego al pasto y embistieron con furia sobre los españoles. Sólo Alonso Sánchez y una muchacha mulata se escaparon de la matanza.

Estas expediciones ilegales, si bien no arrojaron ningún resultado provechoso, muestran la vitalidad y el coraje de las gentes fronterizas de la Nueva España, hechas de la estofa de los grandes exploradores y pobladores que empujaron más allá de las remotas planicies nortañas los dominios de nuestra nación.

DON JUAN DE OÑATE

El virrey don Luis de Velasco, segundo de este nombre, quiso hacer memorable el último año de su virreinato (1595), dice el P. Cavo, “con la fundación de una colonia en el decantado reino de Quivira, al que por la fama de sus grandes riquezas los españoles llamaron Nuevo México”.

Por jefe de la expedición nombró a Juan de Oñate, a quien concedió las exenciones que había otorgado a Francisco de Urdiñola. El 30 de septiembre se firmaron las capitulaciones, conforme a las cuales Oñate se obligó a organizar una fuerza de 200 ó más hombres a sus propias expensas. Mandó el virrey que para aviarle se le diesen de las cajas reales diez mil pesos, seis mil en préstamo y cuatro mil de ayuda de costa.

Don Juan de Oñate era hijo de don Cristóbal, que fue gobernador, capitán general y conquistador del nuevo Reino de Galicia y uno de los cuatro fundadores de la ciudad de Zacatecas, “donde

era tanta su grandeza, que tenía una campana con que cada día se tañía para llamar a todos los que quisiesen ir a comer a su mesa, generosidad que duró toda su vida”².

Don Juan casó con doña Isabel Tolosa Cortés Moctezuma, hija de don Juan de Tolosa, caballero vizcaíno, poblador de Zacatecas, y de doña Leonor Cortés Moctezuma, hija de Hernán Cortés y nieta de Moctezuma II, o sea que doña Isabel, la esposa de don Juan, venía a ser nieta de Cortés y biznieta de Moctezuma. Así quedó enlazado el futuro conquistador de Nuevo México con una de las más distinguidas familias criollas de la Nueva España, en que se mezclaron la sangre del conquistador de México y del penúltimo emperador azteca.

Una vez firmadas las capitulaciones, don Juan procuró el apoyo de los hombres más influyentes de México, Nueva Galicia y Nueva Vizcaya, la ayuda de sus hermanos y la de los cuatro hermanos Zaldívar, sus sobrinos, e inició los trabajos de reclutamiento de su ejército. En esto se ocupaba cuando arribó a Veracruz la flota en que venía el nuevo virrey, don Gaspar de Zúñiga y Acebedo, conde de Monterrey, por lo que Velasco mandó suspender el viaje.

El nuevo virrey, que tomó posesión de su cargo en el mes de noviembre de 1595, “dio muestras de no ser liberal en sus despachos” y “fue notado de remiso e indeterminable”. No se ocupó tan pronto como Oñate hubiera querido de revisar las capitulaciones firmadas con su antecesor; pero al fin, examinó el tratado y lo aprobó, con ciertas modificaciones en cuanto a los poderes y autoridad originalmente concedidos por Velasco a Oñate.

Vicente Zaldívar, sobrino de Oñate, autorizado para reclutar gente, fue a la Plaza Grande en compañía de los alcaldes ordinarios y de muchos caballeros de la ciudad, y a voz de pregonero se hizo saber que los que quisieran sentar plaza de soldados para la jornada de Nuevo México, debajo del estandarte del capitán general don Juan de Oñate, recibirían gracias y mercedes que Su Majestad otorgaba a los conquistadores de aquella tierra. En se-

² MOTA PADILLA, MATÍAS, *Historia de la Conquista del Reino de la Nueva Galicia*, cap. XXXVIII.

guida se dispararon junto a la Catedral doce piezas de artillería. El mismo pregón se dio en otros lugares de la ciudad, y fue tan bien recibido que se alistaron aun muchos hombres casados que esperaban hallar en el Nuevo México las riquezas que en el antiguo.

EN DEMANDA DEL NUEVO MEXICO

La ciudad de Zacatecas fue el punto de reunión del ejército, formado por 130 soldados colonos, algunos de ellos con sus familias. Iban, además, varios padres franciscanos, bajo las órdenes del comisario fray Rodrigo Durán, quien más tarde fue sustituido por el Padre Alonso Martínez. Integraban la expedición muchos esclavos negros, sirvientes indígenas, siete mil cabezas de ganado y ochenta y tres carretas para transportar mujeres, niños y provisiones.

Por los abruptos caminos de Zacatecas a Durango, a través del territorio que dominaban los chichimecas, se puso en marcha la caravana conquistadora. Su progreso fue lento, a causa de visitas e inspecciones ordenadas por el virrey, chismes, celos, deserciones, motines, etc., de suerte que transcurrió más de un año antes de que Oñate pudiera dejar la última avanzada de la Nueva España, el real de minas de Santa Bárbara, del que partió a principios de 1598.

En vez de seguir por el Conchos, como los primeros exploradores, Oñate abrió nuevo camino directo al Río Bravo. En los primeros días de abril llegó a las grandes dunas de arena al sur de El Paso. El 27 acampó sobre el río y el 30 tomó posesión solemne, con las ceremonias usuales, de “todos los reinos y provincias de Nuevo México”. El acto terminó con saludos de artillería y la representación de una comedia escrita por el capitán Farfán.

El 4 de mayo los nativos mostraron a los expedicionarios un vado conveniente, y el ejército cruzó el Río Bravo del Norte. Este vado es el original Paso del Norte, nombre que aún conserva el lugar. Del 5 al 20 de mayo el ejército avanzó lentamente por la

márgen oriental del río. Oñate, con 60 hombres, se adelantó a explorar el terreno y procurar la amistad de los nativos. A mediados de junio, caminadas unas 40 leguas, Oñate llegó al primer grupo de pueblos de Nuevo México, en la región del Socorro, nombre que se dio a uno de ellos. Los nativos dieron afectuosa bienvenida a los extranjeros, alojaron al gobernador y lo abastecieron de maíz, desecho "socorro" que se envió al grueso del ejército que había quedado atrás.

La siguiente jornada río arriba fue al pequeño pueblo llamado Nueva Sevilla, siete leguas arriba de Socorro, donde permanecieron una semana mientras Zaldívar fue a explorar los pueblos Abó y el poeta Villagrá excursionaba en busca de maíz. Luego, el 24 de junio, llegaron a un pueblo abandonado, al que llamaron San Juan Bautista. Aquí Oñate tuvo noticia de dos indios mexicanos dejados por Castaño y fue en busca de ellos, hacia el Norte. Llegó a Puaray, que llamó San Antonio, donde los frailes que acompañaban al capitán fueron alojados en un cuarto en cuyas paredes descubrieron retratos de los PP. Rodríguez y López, martirizados 17 años antes.

Los dos indios mexicanos, Tomás y Cristóbal, fueron traídos de un pueblo vecino y empleados desde entonces como intérpretes. A fines de junio, el capitán Oñate visitó el pueblo de Tria —o Cia—, y cuatro leguas adelante, el de Guipi, o Santo Domingo, al oeste de Santa Fe, lugar que por un tiempo fue el cuartel general, y donde siete jefes representantes de unos 34 pueblos se congregaron y juraron alianza con los españoles.

Continuando al Norte, el 11 de julio Oñate tomó posesión del pueblo de Caypa. Por la cortesía de sus moradores se dio a este pueblo el nombre de San Juan de los Caballeros, y fue por varios años la capital de la provincia y centro de operaciones. De aquí partió Oñate a visitar otros pueblos de la provincia, que recorrió en una gira de varias semanas. Vuelto a San Juan, se empezó la construcción de un canal, con la ayuda de 1,500 nativos, destinado a conducir el agua a la proyectada ciudad de San Francisco, que se acordó fundar en las cercanías de San Juan. Aquí a mediados de agosto, se reunieron todos los colonos.

El 9 de septiembre se celebró una "universal junta de toda la tierra" a la que concurrieron los jefes indios, quienes juraron obediencia y vasallaje al rey de España. La ceremonia tuvo lugar en la *kiva* o cámara sagrada del pueblo. Por esos mismos días quedó terminada la primera iglesia de Nuevo México, que fue dedicada con solemne ceremonia y fiestas que duraron una semana.

Terminadas las fiestas, Oñate envió a Vicente Zaldívar al este, a explorar los llanos de los búfalos. Hubo cacerías de *cibolos* e intentos frustrados de capturar algunos vivos para domesticarlos. La expedición fue provechosa, pues se obtuvieron más de mil kilos de sebo de búfalo.

MUERTE DE JUAN DE ZALDIVAR Y BATALLA DE ACOMA

En octubre el capitán general fue al oeste, en compañía del P. Martínez; visitó Ácoma, cuyos representantes reconocieron la autoridad del nuevo gobernador, a pesar de que el jefe Zutucapan invitó al pueblo a que resistiera a los arrogantes *Castillos*, o castellanos. De Ácoma, Oñate fue a Zuñi y Mohoqui —en Arizona—, y de aquí envió una partida bajo los capitanes Farfán y Quesada a las minas que Espejo había descubierto. Luego determinó ir a la costa del Mar del Sur. Al capitán Juan de Zaldívar, que había quedado en San Juan, le mandó que en cuanto volviera su hermano Vicente de los Llanos de los Búfalos, viniera a unirse al propio Oñate con treinta hombres.

Cumpliendo las órdenes del general, Zaldívar salió de San Juan el 18 de noviembre rumbo al oeste. Mientras tanto, el patriota Zutucapan había logrado que sus paisanos se decidieran a probar la invulnerabilidad de los españoles, atacándolos a su llegada después de dispersarlos. Tal era la situación cuando Juan de Zaldívar y sus compañeros se acercaron a Ácoma. Los nativos salieron a su encuentro con regalos y otras demostraciones de sentimientos amistosos. Los proveyeron de lo que necesitaban, y sin sospechar traición, los soldados se dividieron en pequeños grupos. De pronto se

oyó el grito de guerra de los indios y éstos arremetieron sobre los desprevenidos visitantes, que desesperadamente combatieron cuerpo a cuerpo en una batalla que duró tres horas. El valiente Zaldívar y 14 compañeros suyos cayeron bajo las macanas de los acomenses. Siete lograron huir y llevar la noticia de lo sucedido a Oñate, a quien hallaron más allá de Ácoma. El adelantado reunió las diversas bandas de exploradores y cautelosamente marchó con su ejército a San Juan, adonde llegó el 21 de diciembre.

En junta de capitanes, y después de oír la opinión de los frailes acerca de la guerra justa, se decidió que Vicente Zaldívar fuera contra Ácoma, obligara a sus habitantes a dejar el peñol y poblar en los llanos, incendiara las fortificaciones y recogiera las armas de los soldados muertos. A la cabeza de 70 hombres seleccionados, Zaldívar marchó de San Juan el 12 de enero de 1599; el 21 llegó a Ácoma, donde los secuaces de Zutucapan se mostraban orgullosos de su pasada victoria y confiaban en aniquilar a los invasores.

Cuando Zaldívar se aproximó a la ciudad, multitud de hombres y mujeres bailaban en lo alto de las murallas, desafiando e insultando a los extranjeros. A través del intérprete Tomás se envió un requerimiento a los jefes de Ácoma para que bajaran y respondieran de las muertes que habían hecho; la respuesta fue una andanada de vituperios. En la mañana del 22, los indios empezaron la batalla descargando una lluvia de flechas. Durante dos días se peleó terriblemente; al fin, Ácoma fue capturada, incendiada y exterminados sus habitantes.

El poeta Gaspar de Villagrà, que tomó parte en esta batalla, la describe menudamente en su gran poema épico que es la mejor historia de la conquista de Nuevo México. Este poema se publicó sólo once años después de que ocurrieron los sucesos que narra y es, en opinión de Bancroft, la verdadera autoridad en historia antigua de Nuevo México. Se compone de 33 cantos, el primero de los cuales comienza así:

*Las armas y el varón heroico canto,
el ser, valor, prudencia y alto esfuerzo,
de aquél cuya paciencia no rendida,*

*por un mar de disgustos arrojada,
a pesar de la envidia ponzoñosa,
los hechos y proezas va encumbrando
de aquellos españoles valerosos
que en la Occidental India remontados
descubriendo del mundo lo que esconde,
plus ultra con braveza van diciendo,
a fuerza de valor y brazos fuertes,
en armas y quebrantos tan sufridos,
cuanto de tosca pluma celebrados³.*

Es lástima que de este poema, una de las piezas más valiosas de la literatura histórica de América, no haya ediciones modernas que el público pudiera consultar.

NUEVAS EXPLORACIONES

Después de la lección de Ácoma los nativos se apaciguaron y Oñate quedó en pacífica posesión de Nuevo México. Luego pensó en extender su conquista, pero sólo disponía de 100 hombres, insuficientes para realizar su ambicioso programa. Por dos años se contentó con preparar las futuras operaciones, buscar minas y explorar las regiones vecinas.

En junio de 1601, acompañado por los PP. Velasco y Vergara, y guiado por un mexicano sobreviviente de la expedición de Humana, dejó San Juan con 80 hombres y marchó a través de los llanos del noroeste, en pos de Quivira. Pasó el río Canadian, cruzó Oklahoma y entró a Quivira por Wichita, Kansas. Pareciéndole imprudente seguir más allá con una fuerza tan pequeña como la que llevaba, o quizá obligado por sus hombres, volvió a San Juan, probablemente en octubre.

Oñate halló Nuevo México casi desierto porque los colonos se vieron "tan desfavorecidos de lo necesario" que "determinaron desamparar la tierra y venirse, por no acabar de morir".

³ VILLAGRÀ, *Historia de la Nueva México, del Capitán Gaspar de Villagrà. Dirigida al Rey D. Felipe nuestro señor Tercero de este nombre*. Año 1610. Con privilegio, en Alcalá, por Luys Martínez Grande. A costa de Baptista López, mercader de libros.

El Padre Escalona escribió una carta al Comisario General, que los fugitivos llevaron, en que declara que *“toda la gente, o la más de este Nuevo México, se va y sale de él constreñida de la grande necesidad en que de presente se ven, de hambre y desnudez, a causa de haber apurado tanto a los indios, que de hambre se mueren, por haberles el gobernador y sus capitanes saqueado sus pueblos, y quitádoles todo su maíz”*⁴.

Don Juan, al saber lo que pasaba, se puso furioso y escribió al virrey y a la audiencia informándoles que se había venido *“de malicia y sin causa había desamparado el estandarte real y dejado la tierra, haciendo motín y dando muestras de traidores”*. *“Y como todos estos títulos —añade el cronista— suenan mal y obligan a gran castigo, procedieron contra los ausentes, hasta términos de darlos por traidores, y los sentenciaron a muerte, y al son de esta Caja marcharon las cartas e informaciones para el virrey...”*

Oñate envió a México al capitán Vicente Zaldívar con informes e instrucciones de arrestar a los colonos fugitivos y hacerlos volver a Nuevo México.

Por su parte, los frailes enviaron también cartas desmintiendo los cargos hechos por el gobernador, a quien culparon de tirano. La que escribió el P. Francisco de San Miguel, que según el cronista *“era muy vaquiano en la tierra de los Zacatecas”*, es particularmente grave en cuanto a las acusaciones contra Oñate.

Nos parece que la razón en esta controversia estaba de parte del gobernador Oñate. Los colonos no debieron desamparar la tierra. Hubiera sido de *“mucha alabanza y gloria —dice fray Juan de Torquemada—, así para los unos como para los otros, la perseverancia, hasta dar aviso a los que podían mandarles que se estuviesen o que se fuesen a otra parte”*. La verdad es que, como observa el mismo cronista franciscano, *“estas gentes, así religiosos como seculares, mostraron ánimo estrecho y fe poca”*, pues *“Dios, que llevó a estas gentes al Nuevo México, para la conversión de aquellas ovejas erradas, y los había hecho dar aquel paso sobre las*

*aguas de la tribulación, no los conservara sumidos en ellas si con fe viva, y no flaca, le llamaran”*⁵.

Y la razón, finalmente, se le concedió a Oñate, cuyos títulos y privilegios fueron confirmados por el rey.

VIAJE A LA MAR DEL SUR

Tres años permaneció Oñate inactivo en San Juan de los Caballeros, mientras su caso se litigaba en la Corte. Al cabo de ellos su reputación estaba empañada a consecuencia de los cargos hechos por sus émulos y rivales. Tenía que hacer algo para rehabilitarse y entonces pensó en llevar adelante su antiguo proyecto de alcanzar la Mar del Sur. Fue el último tiro de los dados, dice Bolton.

El 7 de octubre de 1604, a la cabeza de 30 hombres y en compañía de los Padres Escobar —nuevo comisario— y San Buena-ventura, partió de San Juan hacia el oeste. Pasó por Zuñi, *“provincia más densamente poblada de liebres y conejos que de indios”*, cruzó el Colorado Chiquito y luego anduvo por la región minera que Espejo había descubierto 23 años antes, habitada por gentes que usaban pequeñas cruces colgando del cabello sobre la frente y a las que por esta razón llamaron los Cruzados. (Se cree que esta tribu fue visitada antes por algún misionero franciscano que le enseñó a usar la cruz para atraerse la amistad, no sólo de Dios, sino de los hombres blancos y barbados que algún día llegaran a visitar su tierra).

Los Cruzados dijeron a Oñate que el mar estaba a 20 días ó 100 leguas de distancia; que en dos días llegarían a un pequeño río que desembocaba en otro mayor, el cual corría hacia el mar. En efecto, 15 leguas adelante hallaron un arroyo, que llamaron San Andrés, y siguiendo su curso, 24 leguas abajo, descubrieron la gran corriente del Río Colorado, que denominaron Río Grande de la Buena Esperanza y que otros exploradores habían denominado Río del Tizón.

Marcharon hacia el sur, por las pobladas riberas del río, pa-

⁴ TORQUEMADA, FR. JUAN, *Monarquía Indiana*, lib. V, cap. XXXVII.

⁵ Ib., cap. XXXVIII.

saron el Gila y llegaron a la desembocadura del Colorado en las aguas del Golfo de California el 25 de enero de 1605. Hallaron un espléndido puerto, que Oñate consideró capaz de abrigar 1,000 barcos y al que cristianizó con el nombre de Puerto de la Conversión de San Pablo, por haberlo descubierto el día en que la Iglesia celebra esta festividad.

Oñate exploró en parte las costas del Golfo, no encontró la riqueza de perlas que esperaba encontrar y volvió a Nuevo México, convencido de que California era una isla. En el camino oyó hablar a un indio matraquista de una tierra al norte donde la gente dormía bajo el agua y usaba brazaletes de oro; de una raza de unípedos; de gigantescas amazonas en una isla de plata, al oeste; de una extraña tribu cuyos hombres tenían orejas tan largas que arrastraban por el suelo. Oñate no tuvo ánimos para ir en busca de estas maravillas...

FIN DEL GOBIERNO DE OÑATE

Poco se sabe con certeza acerca de los actos de Oñate en Nuevo México después de este viaje al oeste. Es posible que haya permanecido en el país hasta por los años de 1611 y que haya hecho un viaje a las planicies del este.

Nuevo México —dice Bolton— era un elefante blanco en las manos reales. Las minas de Arizona no podían trabajar sin indios de labor, los cuales sólo podían conseguirse mediante una costosa y larga expedición militar. El virrey informó desfavorablemente al rey de la provincia y propuso que todos los esfuerzos se concentraran en California. Los colonos estaban tan descorazonados como el virrey. Amenazaron con dejar la tierra si no recibían suficientes recursos. En agosto de 1607, Oñate pidió su reemplazo. Su petición fue concedida y a principios de 1609 Pedro de Peralta llegó a San Gabriel con instrucciones de fundar la capital en otro sitio, lo cual hizo, erigiendo la ciudad de Santa Fe o San Francisco de la Santa Fe.

Don Juan de Oñate volvió a México, más de diez años después

de haber emprendido la conquista de la lejana provincia, empresa en que gastó dinero y sus mejores energías. La recompensa a sus servicios fueron la pobreza y el olvido. Oñate había hecho avanzar la frontera de la Nueva España más allá del paralelo 35 y fundado una colonia cuyas características permanecen al cabo de tres siglos.

FLORECEN LAS MISIONES

Nuevo México era un mal negocio. Costaba mucho y no producía nada. Pero a falta de ganancias materiales, rindió abundantes frutos en el campo misionero. Por 1608, o sea diez años después de la *entrada*, se habían convertido 8,000 nativos. El Padre Alonso Peinado sucedió al Padre Escobar como comisario y fue a Nuevo México con ocho o nueve frailes.

En 1617 se habían construido once iglesias y los conversos eran 14,000. El número de soldados y colonos era sólo de 48. En 1621 se erigió la *Custodia de la Conversión de San Pablo* y el P. Alonso Benavides fue como primer custodio con 27 frailes. En 1626, de acuerdo con los PP. Salmerón y Benavides, se habían bautizado 34,000 indios y construido 43 iglesias. Un año después, y atendiendo las peticiones del Custodio, el Rey ordenó que se enviaran inmediatamente 30 nuevos misioneros, los cuales partieron de la provincia del Santo Evangelio de México en los años de 28 y 29.

En 1630 el Padre Benavides fue en persona a España e informó al Rey que había en Nuevo México 50 misioneros sirviendo a 60,000 nativos cristianizados en 90 pueblos agrupados en 25 misiones. Las tribus gentiles vecinas —conocidas como Apaches y clasificadas como Apaches de Xila, Apaches de Navajo y Apaches Vaqueros— no habían causado ninguna perturbación hasta entonces y ya empezaban a ser atraídas a la fe.

En cada misión había escuela y talleres de oficios donde los neófitos aprendían a leer, escribir, cantar, tocar instrumentos musicales y se ejercitaban en artes manuales. "Estos indios —dice el P. Benavides en su informe, refiriéndose a los de la Misión de los Queres— son muy diestros en leer, escribir y tocar toda clase de

instrumentos, y hábiles en toda clase de oficios, gracias a la industria de los frailes que los han convertido”.

He aquí, bien definida, la grandiosa labor civilizadora de España —y de la Nueva España, porque la conquista y pacificación de Nuevo México se hizo con hombres y recursos de nuestro país. Van primero los soldados, en pos de las Siete Ciudades de Oro, de los magníficos reinos de Cibola y Quivira. Van en busca de la riqueza de los paganos; pero con ellos van los frailes, en busca de los gentiles para salvarlos. Todas las expediciones militares, tan costosas, no producen ninguna utilidad material. Desencantados vuelven a México los conquistadores. Pero allá se quedan los frailes, que se aplican a trabajar entre los nativos. Y en pocos años —30— hacen florecer la civilización en Nuevo México, atrayendo por medios pacíficos a las gentes que lo poblaban a las costumbres cristianas e implantando entre ellas una cultura superior.

Los Padres franciscanos —verdaderos constructores del Nuevo México hispano— no sólo dedicaban sus vidas a servir a los indígenas, sino que se exponían a la muerte por su bien, como los PP. Arvide y Letrado, que fueron martirizados por los gentiles Zipias en la región de Zuñi, y el P. Porras, que murió envenenado por los Moquis.

80 AÑOS DE PAZ

Por espacio de 80 años convivieron en paz nativos de Nuevo México, españoles, criollos, mestizos, mulatos, mexicanos en suma. La población en 1660, según Vetancourt, era de 24,000 almas, que vivían en 33 misiones, distribuidas a lo largo del valle superior del Río Grande, entre Isleta y Taos. Además de las poblaciones principales de Santa Fe y Santa Cruz de la Cañada, se formó otra colonia sobre el río, en El Paso.

Pocas noticias hay acerca de las vicisitudes de la provincia en este período. Su vida se desarrolló tranquilamente hasta los años de 70, en que se registran las primeras señales de tormenta. Hacia 1672 varias tribus apaches se alborotaron y destruyeron en sus

correrías una de las poblaciones de Zuñi y seis pueblos del este. Varios Padres perdieron la vida, entre ellos fray Pedro de Ayala.

Se dice que en 1675 cuatro nativos fueron ahorcados, 43 azotados y muchos más puestos en prisión por haber matado a varios misioneros, además de hechizar al Padre visitador, Andrés Durán; entonces una banda de hombres armados marchó a la casa del gobernador Treviño a demandar la libertad de los prisioneros; el gobernador les prometió hacer algo por ellos y los indios se retiraron, pero antes declararon que matarían a los españoles, o huirían a la sierra antes que permitir que sus hechiceros fueran castigados.

La situación se agravó en 1676. Pueblos e iglesias fueron destruidos y muchos cristianos muertos en las irrupciones de los apaches. La seguridad de la provincia estaba a cargo de muy pocos hombres. En cada presidio había sólo cinco soldados, faltos de armas y caballos.

SUBLEVACION GENERAL

En 1680 estalló en Nuevo México una sublevación general, encabezada por Popé —o Pope—, un hechicero tehua, profundamente resentido con los religiosos porque se le había perseguido y castigado a causa de sus hechicerías.

Parece ser que los nativos de Nuevo México, aunque habían aceptado la fe cristiana, seguían practicando sus antiguos ritos y ceremonias —como hasta la fecha—. Los frailes franciscanos celosamente trataron de extirpar la idolatría y, por su parte, las autoridades civiles castigaban con azotes, prisión y aun pena de muerte a brujos y hechiceros, que representaban la antigua fe y ejercían grande influencia sobre su pueblo.

Popé, complicado en los disturbios recientes y acusado de varios crímenes, se propuso levantar a sus paisanos contra los dominadores. Recurriendo a la superstición popular tanto como a los sentimientos patrióticos, hizo creer que tenía pacto con el Gran Espíritu, o el Demonio de los españoles, y personalmente o a través de sus agentes y socios —*Catiti* de Santo Domingo, *Tupatú* de Pi-

curí y *Jaca* de Taos— atrajo a su plan a todos los pueblos, excepto los Piros en el Sur. Estableció su cuartel general en Taos y desde aquí envió mensajeros a todos los pueblos con un misterioso cordel anudado, haciéndoles saber la fecha del levantamiento, que se fijó para el 13 de agosto de 1680.

A pesar de las extremas precauciones —ninguna mujer tomó parte en la conjura, y Popé mató a su propio yerno bajo sospecha de traición—, el complot fue revelado y la revuelta estalló antes del día señalado, o sea el 10 por la mañana, de acuerdo con las órdenes de Popé, quien al saber que estaba denunciada la conspiración consideró que la única manera de hacerla triunfar era apresurar los acontecimientos.

Tanto era el poder de Popé que sus órdenes se cumplieron puntualmente y la rebelión estalló al mismo tiempo en todos los pueblos de la provincia. Las víctimas fueron 400, incluyendo 21 misioneros, mujeres y niños.

Santa Fe, la capital, fue sitiada por un ejército de 3,000 indios. El gobernador Otermin disponía sólo de 150 hombres aptos para las armas y de unos pocos morteretes y fusiles. En vista de lo crítico de la situación, al cuarto día de sitio hizo una desesperada salida contra los sitiadores, de los que mató 300 y capturó 47, que fueron fusilados en la plaza. Al siguiente día evacuó la ciudad. Más de mil personas marcharon a pie de Santa Fe a El Paso, donde finalmente se refugiaron.

NUEVO MEXICO BAJO POPE

Por 12 años los indios dominaron Nuevo México. No había un residente español al norte del distrito de El Paso. Popé ejerció tiránicamente su poder. Su primera tarea fue obliterar el cristianismo y sus símbolos. Ordenó la destrucción de todas las cruces; prohibió que se pronunciaran los nombres de Jesús y María; decretó que los hombres podían dejar a sus esposas y tomar otras mujeres a su gusto; que se purificaran del bautismo por medio de agua y jabón y abandonaran los nombres cristianos; que las

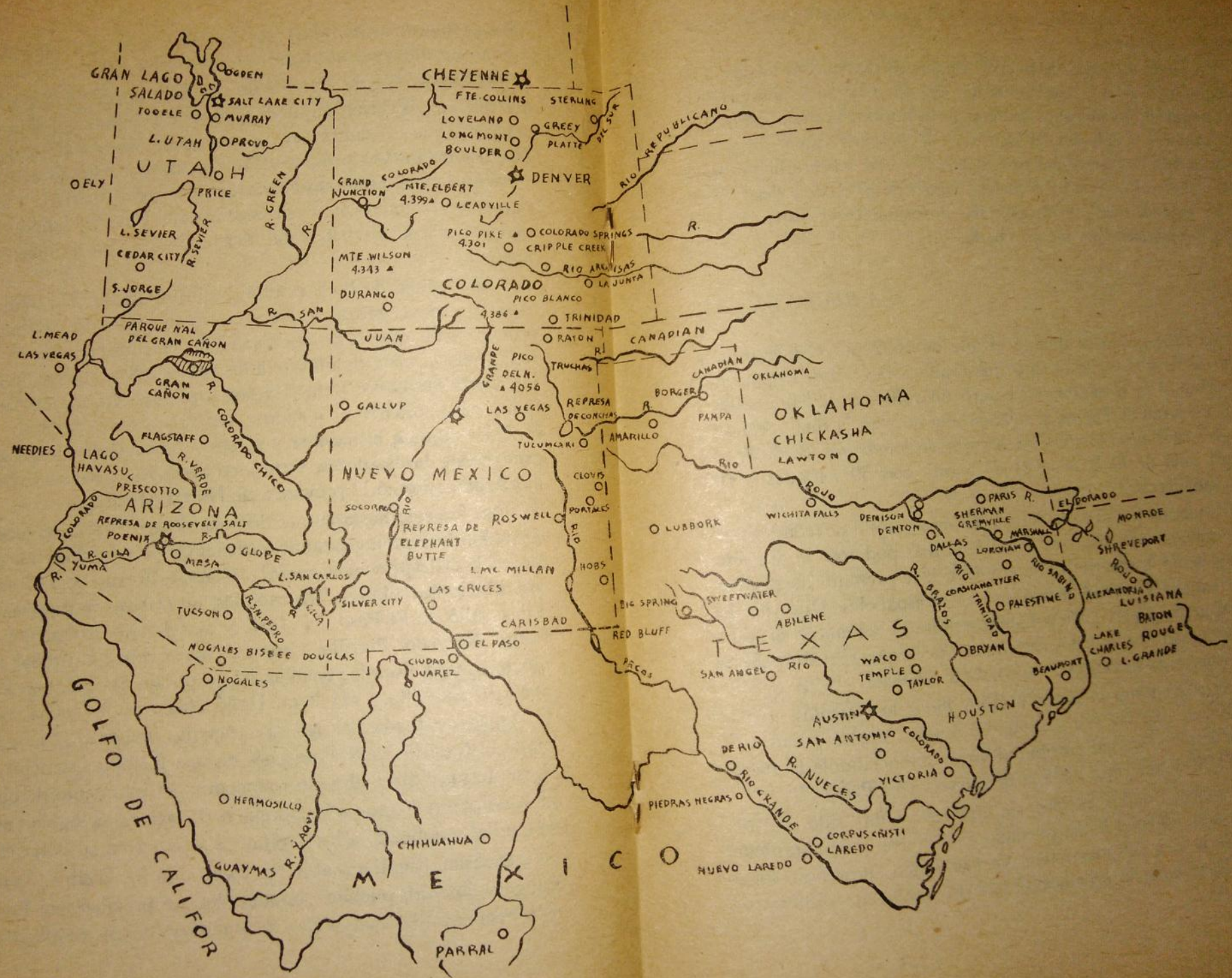
iglesias fueran demolidas; que en vez del idioma español se hablaran los dialectos nativos.

El nuevo régulo viajó de un pueblo a otro para hacer cumplir sus decretos. Proclamó que el Dios de los cristianos había muerto, mientras que los dioses nativos eran poderosos y harían de Nuevo México un pueblo próspero. Popé vestía de acuerdo con las costumbres indias, usaba un cuerno de toro sobre la frente y en todas partes era recibido con los mismos honores que se rendían al gobernador. En señal de bendición, derramaba harina de maíz sobre el pueblo.

El régimen de Popé resultó pronto insufrible. No sólo amenazaba con la venganza de los dioses a los que desobedecieran sus órdenes, sino que él se encargaba de ejecutarla, infligiendo con frecuencia la pena de muerte a los remisos. Se apoderó de las mujeres más hermosas, para sí y sus capitanes. Impuso pesados tributos para sostener el gobierno central. A esto siguió la guerra civil, las sequías, el hambre y la peste. Los apaches renovaron sus excursiones devastadoras, y en poco tiempo una barbarie peor que la original señoreó la provincia de Nuevo México.

No fue sino hasta el mes de noviembre de 1681 cuando el gobernador Otermin, acatando órdenes del virrey, hizo un intento de recuperar la provincia perdida. Con una fuerza de 146 soldados, más 112 indios aliados, 975 caballos, un convoy de carretas y acémilas, salió de El Paso del Norte y marchó río arriba, por Estero Largo, Robledo, Perrillo, Cruz de Anaya, Fray Cristóbal y Contadero. Luego visitó los pueblos del grupo sur, Senecú, San Pascual, Socorro, Alamillo y Sevilleta. Halló abandonadas todas estas poblaciones, quemadas las iglesias, rotas las imágenes. Isleta fue tomada el 6 de diciembre, después de una ligera resistencia. Al día siguiente sus 1,500 habitantes renovaron su juramento de obediencia y culparon de todo a los apóstatas del norte, que habían atacado su ciudad y obligado a los habitantes a recaer en la idolatría.

De Isleta siguieron al norte y visitaron San Felipe, Santo Domingo y Cochití, pueblos deshabitados. Se practicó una investigación acerca de las causas de la revuelta y fueron examinados mu-



chos testigos, cuyas declaraciones se hicieron constar en un voluminoso expediente.

Celebrada junta de guerra, en que se expresaron varias opiniones, se llegó a la conclusión de que, en vista de lo inadecuado del pequeño ejército para una conquista militar, la mala condición de hombres y caballos, el riguroso frío del invierno y otras circunstancias, era mejor retirarse al sur. El 11 de febrero llegó Otermin a Estero Largo, a unas cuantas leguas de El Paso, y desde aquí envió sus informes y la proposición de colonizar el distrito de El Paso, proposición que fue aprobada.

LA RECONQUISTA

La reconquista se intentó el año de 1692 por el gobernador Diego de Vargas, especialmente nombrado para el caso. Impaciente por ejecutar su comisión, no esperó un refuerzo de 50 hombres que le enviaron de Parral, y dejando una nota en la que declaraba que prefería *"antes incurrir en la nota de osado que en la de receloso"*, salió de El Paso el 21 de agosto con 60 soldados y 100 indios auxiliares.

La marcha por el valle del Río Grande fue sin novedad. Santa Fe fue tomada por sorpresa. Tupatú, el más poderoso de los jefes rebeldes desde la muerte de Popé y Catiti, se presentó luego montado a caballo y ofreció su amistad a los españoles. Dijo que los Pecos, Queres, Jemes y Taos habían rehusado reconocer su autoridad y podían resistir a los castellanos, pero que él acompañaría al gobernador en su viaje y le ayudaría a rendirlos.

Vargas continuó al norte y visitó todos los pueblos, que se sometieron de una vez y sin efusión de sangre. Vuelto a Santa Fe el 15 de octubre, Vargas escribió al virrey anunciándole la reconquista. El 20 de diciembre estaba de nuevo en El Paso.

La sumisión de los pueblos, sin embargo, había sido sólo nominal. Ningún español había quedado en el norte inmediatamente después de la gira del gobernador Vargas, quien emprendió luego la tarea de repoblar la provincia. El 13 de octubre de 1693 partió

de El Paso con una colonia de 800 personas, voluntarios de la Nueva Vizcaya, y 17 frailes encabezados por el Padre Salvador de San Antonio. Entonces los pueblos del norte opusieron una tenaz resistencia. Taos, donde la antigua conspiración había echado raíces, fue tomada después de sangrienta batalla, saqueada y quemada. Al año siguiente, los indios se alzaron para echar al invasor, pero su resistencia fue rota. Una serie de campañas por Vargas y su sucesor, Cubero, quebrantaron al fin el espíritu de los nativos. La reconquista fue completa y el dominio español se afirmó justamente un siglo después de que había sido establecido por Oñate.

MOQUIS Y APACHES

El cacique de los moquis —tribu de Arizona— decidió mantener su actitud rebelde. El gobernador Cubero marchó en 1701 a la provincia, tuvo algunos encuentros en que murieron varios moquis y capturó muchos, a los que más tarde dejó en libertad para atraerse su amistad, pero inútilmente porque los nativos no cambiaron su decisión.

Luego corrieron rumores de que moquis y tehuelas fugitivos estaban tratando de incitar a los zuñis a la revuelta; se envió entonces a Zuñi al capitán Juan de Uribarri para que hiciera investigaciones, y dejara al capitán Medina con 19 hombres como guarnición, la que se redujo después. Los soldados que se quedaron portábanse mal, y peor tres españoles exiliados de Santa Fe, que trataban duramente a los indios y vivían con mujeres nativas. El Padre se quejó, el gobernador no puso remedio y el 4 de marzo de 1703 los indios mataron a los tres españoles, Valdés, Palomino y Lucero, huyeron al peñol y a los pueblos moquis. El misionero P. Garaicoechea, no fue molestado, e informó que sólo siete indios habían tomado parte en el homicidio de los tres españoles. Sin embargo, temiendo por su vida, el gobernador envió al capitán Madrid por el franciscano, y Zuñi, como los pueblos Moquis, quedó en poder de los aborígenes.

Las cosas marchaban mal cuando, en 1705, don Francisco

Cuervo y Valdés tomó posesión de su oficio de gobernador. Las depredaciones de Apaches y Navajos eran frecuentes, los indómitos Moquis permanecían en su actitud retadora y los Zuñis rebeldes continuaban empeñados. Las compañías presidiales se hallaban necesitadas de ropa, armas y caballos.

El Padre Garaicoechea obtuvo permiso de volver a Zuñi, se presentó ante los empeñados y fácilmente los convenció de que asentaran pueblo en el llano. En este caso, como en casi todos, fue mucho más eficaz la acción del misionero para atraer de paz a los indígenas, que el rigor de las armas.

En 1706, el gobernador Cuervo informó al virrey que había fundado con 30 familias la nueva villa de Albuquerque, llamada así en honor del virrey, que era don Francisco Fernández de la Cueva, Duque de Albuquerque. También le informó que con 18 familias de Tanos había repoblado Santa María o Santa Cruz de Galisteo, y refundado con 29 familias la vieja villa de La Cañada, con el nombre de Santa María de Grado, que aún conserva.

El capitán Uribarri marchó a los llanos de los búfalos, y en Jicarilla, a 37 leguas de Taos, fue bien recibido por los Apaches, que lo condujeron a Cuartelejo, del que tomó posesión.

Nuevas expediciones se hicieron rumbo a Arizona, en demanda de la sumisión de los Moquis, pero resultaron infructuosas.

El nuevo gobernador José Chacón (1707) quiso reducir a los Moquis por medios diplomáticos y envió una embajada de Zuñis con mensajes de paz, que fueron desoídos.

Los Navajos, otra belicosa tribu, fueron al fin derrotados por el gobernador después de una vigorosa campaña, y obligados a celebrar un tratado de paz.

EXPLORACIONES

El gobernador Antonio Valverde, a la cabeza de 105 españoles y 30 indios, a los que se unieron en el camino los Apaches que mandaba el capitán Carlarna, condujo una expedición contra Yutas y Comanches, que habían venido cometiendo muchas depreda-

ciones. Fue al norte, luego al este, más tarde al sureste, y exploró las regiones conocidas hoy por Colorado y Kansas. Se cree que fue más allá que todos sus predecesores europeos. Sobre el Río Napestle —el Arkansas, probablemente— se reunió con los Apaches de Cuartelejo y halló hombres con heridas de armas de fuego, que habían recibido los franceses y sus aliados, los Pranas y Jumanas.

El virrey ordenó que se estableciera un presidio de 25 hombres en Cuartelejo, a 130 leguas de Santa Fe, en el corazón del país de los Apaches; pero se decidió que esto era imposible, y que el virrey lo había mandado bajo la creencia de que Cuartelejo era lo mismo que Jicarilla, sitio éste a 40 leguas de la capital Santa Fe.

Más tarde el gobernador hizo una gira de inspección y visitó cada uno de los pueblos de la provincia. En su informe al virrey habla de la persistente apostasía de los Moquis y de que los Jesuitas habían declarado su propósito de encargarse de la conversión de esta irreductible gente.

La vida de la remota provincia se desenvolvía perezosamente, regida en lo espiritual por los Padres misioneros, y en lo político por gobernadores que se renovaban cada cinco años. De vez en cuando se veía perturbada por las incursiones de las tribus salvajes.

El Padre Menchero, procurador de las misiones, describe Nuevo México hacia el año de 1744. Dice que la provincia incluía no sólo las poblaciones del Alto Río Grande sino también el Distrito de El Paso, a ambos lados del río. Por ese tiempo había 771 familias, o cerca de 10,000 personas, pues las familias eran muy grandes. Dos tercios de esta población vivía en las cuatro ciudades principales, a saber, Santa Fe, Santa Cruz, Albuquerque y El Paso. De éstas, El Paso era la mayor. El resto vivía en haciendas y ranchos. Los franciscanos administraban 25 misiones, cada una compuesta de 30 a 100 familias. 19 de estas misiones estaban en el Distrito Superior, entre Isleta y Taos, Pecos y Zuñi. Seis se extendían a lo largo del río, a la ribera derecha.

Los habitantes —observa Bolton— no eran de ninguna manera castellanos de pura sangre. En todas las fronteras españolas la soldadesca estaba formada en gran medida por las castas —mestizos, mulatos, etc.— y Nuevo México no era excepción. Con el tiempo

el mestizaje creció. Las Leyes de Indias disponían que ni los españoles ni las castas habitaran en los pueblos indios, sobre la teoría de que la asociación era mala para los indios. Sin embargo, antes de que terminara el siglo XVIII, muchos españoles y especialmente las castas habitaban los pueblos indios.

De todos los elementos de la población —agrega el citado historiador— ninguno más desdichado que los *genízaros*. Estos eran indios de varias tribus de los llanos, rescatados o capturados en su infancia, empleados como sirvientes, y cristianizados. Se les empleaba especialmente como exploradores y auxiliares en las campañas, de aquí su nombre. (*Genízaro* es palabra de origen turco que quiere decir soldado). Eran un elemento extraño en la sociedad y tendían a segregarse tanto de los españoles como de los demás indios. Frecuentemente huían. Para estos parias los misioneros fundaron en 1740 una misión en Thomé, sobre el Río Grande, cerca de Isleta.

En 1742 los Padres Delgado y Pino fueron a Moqui y lograron sacar de allí 441 indios Tiguas, quienes antes de la gran revuelta habían vivido en los pueblos de Sandía, Alameda y Pajarito, los cuales trataron de reestablecer los Padres, pero el gobernador no se decidió a autorizarlos antes de recibir especiales instrucciones.

LOS PADRES PRIETOS Y LOS PADRES AZULES

La posibilidad de que el campo de los Moquis se entregara a los Jesuitas “*era una espina clavada en la carne de los franciscanos*”, quienes redoblaron sus esfuerzos por ganarse a los recalcitrantes apóstatas. Su primer logro fue la recuperación de 441 indios Tiguas, que los PP. Delgado y Pino sacaron de entre los Moquis, según hemos dicho. En los años siguientes —1743 y 1744— pretendieron hacer nueva entrada, pero el gobernador les negó permiso. En 1745 obtuvieron al fin la requerida autorización, y los PP. Delgado, Irigoyen y Juan José Toledo, con una escolta de 80 indios al mando de un ex soldado, visitaron todas las poblaciones

de los Moquis y contaron 10,846 indios que escucharon gustosamente su predicación.

Los franciscanos ridiculizaron la idea de que los nativos tuvieran preferencia por los *Padres prietos* (Jesuitas) respecto a los *Padres azules* (de este color era el hábito de los frailes menores), y con el intento de despertar de nuevo el interés en el *Misterio del Norte* enviaron informes en que describían con la vehemencia de un Marcos de Niza las ocultas riquezas de la Sierra Azul y el esplendor y opulencia de la gran ciudad o imperio de Teguayo.

Mientras tanto en la Corte habían cambiado de modo de pensar acerca de los Moquis, su ubicación y su peligrosidad, considerando que si dos misioneros pudieron ir solos, sin que el tesoro real erogara un centavo, y lograron sacar 441 conversos, los *Moquinos* no debían estar tan lejos de Nuevo México ni tan obstinados en su apostasía como se había dicho. Conforme a esta idea se expidió una real cédula el 23 de noviembre de 1745 en que el rey revocó sus disposiciones anteriores en favor de los Jesuitas y ordenó al virrey que prestara a los franciscanos toda la ayuda que éstos necesitaban. De esta manera los *Padres azules* ganaron el pleito.

NAVAJOS, YUTAS, APACHES

Los indios Navajos atrajeron todavía más la atención que los Moquinos. Los mismos Padres Delgado e Irigoyen hicieron un recorrido por los dominios de esta tribu y hallaron a los indios en la mejor disposición de hacerse cristianos. Prometiéronles algunos caciques visitar al gobernador en la siguiente luna llena, y cumplieron su promesa. El gobernador los recibió con halagos, pequeños obsequios y ofrecimiento de protección. Luego informó al virrey sobre las buenas perspectivas de conversión de los Navajos y aconsejó que se enviaran misioneros. Hechas las investigaciones de rigor, el virrey autorizó la fundación de cuatro misiones entre los Navajos, y de un presidio con 30 hombres. El Padre Menchero llevó adelante la empresa con mucho entusiasmo, visitó a los gentiles e indujo a unos 500 a volver con él y a establecerse en Cebo-

lleta, en la región de Ácoma. Un año o dos más tarde estalló la guerra entre los Navajos y los Yutas y Chaguaguas, lo que estorbó la conversión de aquéllos.

Posteriormente se acordó la fundación de misiones, no en el lejano y desamparado Norte del país de los Navajos, sino en el Distrito de Ácoma, y en efecto, se establecieron las Misiones de Cebolleta y el Encinal, a cargo de los PP. Juan de Lezaun y Manuel Bermejo. Las cosas marcharon bien por un tiempo muy corto, pero luego empezaron las dificultades, cuya causa se investigó. Se supo entonces que el P. Menchero había sido muy liberal en sus regalos y en prometer más, de aquí su éxito en traer los Navajos a Cebolleta. Pero —decían los indios— no habían recibido ni la mitad de lo prometido, y los nuevos Padres eran muy pobres para hacer dádivas a todos. ¿Qué, entonces, habían ganado con el cambio? La vida en comunidad no tenía ningún atractivo para ellos, y estaban decididos a dejarla. Seguirían siendo buenos amigos de los españoles, comerciarían con ellos, recibirían con gusto a los frailes que fueran a visitarlos y aun les darían sus niños para que los bautizaran y enseñaran; pero ellos habían nacido libres, como los venados, de ir a donde les gustara, y eran demasiado viejos para aprender nuevas costumbres.

En resumen, los Navajos rehusaron la domesticación y las misiones entre ellos fracasaron.

En cuanto a los Apaches y Yutas se sabe que en este período (mediados del siglo XVIII), como en los anteriores, crearon dificultades, ya en un lugar, ya en otro, con sus correrías depredadoras. Los Comanches, bravíos también, hicieron una incursión contra Pecos, mataron 12 habitantes de este pueblo y hostilizaron Galisteo y otros lugares. El clamor popular exigió la persecución de estos salvajes. En octubre de 1747, el gobernador Codallos, con 500 soldados y auxiliares, alcanzó a los Comanches cerca de Abiquí, mató 107, capturó 206 y les recogió cerca de mil caballos.

Tres meses después rechazó al enemigo en Pecos, con pérdida de algunos indios aliados, y en abril siguiente (1748) recibió como amigos, en Taos, a 600 Comanches que no habían participado en la guerra. Luego se discutió en Santa Fe si debería permitirse a

los Comanches acudir a las ferias de Taos para comerciar. Algunos se opusieron, en vista de que los Comanches no eran de confiar, pero la mayoría decidió que continuara el tráfico con ellos porque los artículos que vendían eran muy necesarios en la provincia.

1750-1800

Los anales de Nuevo México relativos a la segunda mitad del siglo XVIII no registran muchos acontecimientos dignos de memoria. De algunos informaremos brevemente.

El gobernador Mendingueta anunció en 1771 la conclusión de un tratado de paz con los Comanches. El virrey, al felicitarlo por el servicio, le pidió un informe sobre las necesidades de la provincia, que le fue enviado en marzo de 1772. Mendingueta declaraba que la fuerza de 80 soldados en Santa Fe no era suficiente para proteger tan vasto territorio, rodeado por todas partes de enemigos bárbaros. Había 250 hombres aptos para las armas entre los colonos, pero muy mal equipados. El gobernador propuso establecer nuevo presidio en Taos.

Realmente las lejanas fronteras del Norte estaban sin defensa, y de esto se ocupó el gobierno al expedir un nuevo Reglamento de Presidios (1773), que dispuso el establecimiento de una guarnición en Robledo, para proteger la ruta del río y servir de base para repoblar Senecú, Socorro, Alamillo y Sevilleta. Para la protección de El Paso se organizaría una milicia —esto es, un cuerpo de civiles armados— y la compañía presidial sería transferida a Carrizal, sobre la frontera de la Nueva Vizcaya. Parece ser que estas disposiciones no se llevaron a la práctica, salvo el traslado de una parte del presidio.

La conversión de los Moquis era todavía un asunto pendiente, aunque por 20 años casi olvidado. Se revivió con motivo de las expediciones a California desde Sonora. El capitán Juan Bautista de Anza hizo un viaje de exploración (1774) por el Gila a California. Luego decidió explorar la región entre el Gila y los pueblos Moquis (parte sudoeste de Arizona), que permanecía en el misterio. Para

hallar un camino a los Moquis se consideró necesario ocupar el Valle del Gila. Los frailes de Nuevo México fueron llamados para que expresaran su opinión. El Padre Escalante visitó a los Moquis y los halló bien dispuestos a la conversión, pero a sus caciques determinados a no permitir que el mando que tenían fuera menoscabado. En cuanto a las rutas que podrían abrirse para comunicar ambas regiones, dio el Padre su punto de vista, que demuestra que la geografía no era una ciencia que dominara.

El Padre Francisco Garcés, que iba con Anza, dejó a éste en la junta del Gila, y con unos pocos indios fue Río Colorado arriba hasta la región de Mojave, y después de hacer importantes exploraciones en California, partió al Este, hacia Moqui, a donde llegó sin dificultad. Los Moquis no lo admitieron en sus casas ni recibieron sus dádivas, y se rehusaron a besar una imagen de Cristo. El Padre pasó dos noches a la intemperie, escribió una carta al Padre de Zuñi y volvió con pena al punto de partida. "Fue un maravilloso viaje —dice Bancroft—, aunque no muy efectivo respecto a la salvación de Moqui".

LAS PROVINCIAS INTERNAS

En el último cuarto del siglo XVIII se introdujeron, como el lector sabe, varias reformas políticas y administrativas en la Nueva España. El visitador José de Gálvez, introductor de esas reformas, advirtió que las remotas provincias al Norte de la Nueva España no podían ser bien regidas desde la capital del virreinato y propuso entonces la creación del Gobierno y Comandancia General de las Provincias Internas, con amplísimas facultades. El proyecto, sometido a la Corte por el visitador, fue aprobado y puesto en vigor en 1776. Se nombró primer comandante general de las Provincias Internas al caballero Teodoro de Croix, sobrino del virrey del mismo nombre, a quien Gálvez, siendo ministro de Indias, comunicó el nombramiento con estas palabras: "El rey acaba de separar de México, para formar un gobierno aparte, que os confiere,

las inmensas provincias de Sonora, Sinaloa, Nueva Vizcaya y California".

La nueva organización política y militar no alteró mucho la vida de Nuevo México. Los gobernadores fueron privados del título de capitán general y quedaron sometidos, no al virrey, sino al comandante de las Provincias.

En 1778 fue designado gobernador de Nuevo México Juan Bautista de Anza, de cuyas expediciones a California ya hablamos. Anza es una de las figuras más notables entre los hombres de frontera de la Nueva España en el siglo XVIII. Nativo de Sonora, hombre de extraordinaria habilidad, carácter y experiencia en negocios fronterizos, se ganó la estimación del Caballero de Croix, quien le dio la oportunidad de poner al servicio de la nación sus excepcionales cualidades.

Su primera empresa fue una campaña contra los Comanches, con 645 hombres, incluyendo 85 soldados y 259 indios aliados. Caminó 95 leguas al norte y noroeste, y el resultado fue la captura y muerte de Cuerno Verde, célebre jefe Comanche, con cuatro de sus cabecillas, hechiceros y estado mayor.

Vuelto de su campaña, Anza dirigió su atención a los Moquis que por entonces, a consecuencia de las malas cosechas, sufrían tal estrechez que consideraron más favorable someterse que seguir pasando hambre. Anza escribió varias veces al Caballero de Croix explicándole cuán oportuno era el momento para atraerse a los Moquis, le envió cartas de los Padres y le recomendó que se hicieran gestiones para establecer misioneros en los pueblos Moquis, o para inducir a sus habitantes a emigrar en masa y establecerse cerca de los centros españoles.

El comandante aconsejó al gobernador Anza, en respuesta, que con algún pretexto visitara los poblados de los Moquis, les diera alimentos y los persuadiera a establecerse en Nuevo México.

El gobernador continuó sus esfuerzos por salvar aquella gente obstinada. En 1780 recibió aviso de que 40 familias estaban dispuestas a emigrar si él iba en persona a traerlas. Partió con los Padres Fernández y García, visitó las poblaciones y halló dos de ellas completamente abandonadas. Las 40 familias habían sido

obligadas por el hambre, 15 días antes, a huir a la región de los Navajos, donde los hombres fueron muertos y las mujeres y los niños tomados por esclavos. La situación era realmente dolorosa. El Padre Escalante en 1775 había contado 7,494 almas; cinco años después sólo existían 798. En tres años no había llovido, y a consecuencia del hambre, la peste y otras calamidades, más de 6,000 Moquinos habían perecido. De 30,000 carneros sólo quedaban 300. Las vacas se extinguieron y apenas sobrevivían cinco caballos. Al jefe de Oraibe se le ofreció una carga de provisiones, y orgullosamente la rechazó, diciendo que no tenía con qué corresponder al regalo. Rehusó oír a los frailes, y en respuesta a las exhortaciones de Anza, declaró que como su nación estaba sentenciada al aniquilamiento, los pocos que quedaban estaban resueltos a morir en su tierra y en su propia fe. Sin embargo, sus súbditos eran libres de marcharse y convertirse al cristianismo. Finalmente, 30 familias partieron con los cristianos, incluyendo al jefe de Gualpi.

Del gobernador Juan Bautista de Anza, que tales esfuerzos hizo por salvar una tribu de la muerte, debemos hablar como uno de los representantes de aquella raza mexicana —porque Anza era criollo, fronterizo y mexicano— que en las últimas décadas del dominio español trabajó en la conservación y enriquecimiento del patrimonio heredado de los mayores. Luego vendrán —medio siglo más tarde— los mexicanos entreguistas, débiles y cobardes.

DESCRIPCION DEL REINO

Nicolás Lafora, en su *Relación del viaje que hizo a los Presidios Internos* (1766-1768), nos ofrece una imagen viva de Nuevo México. Dice que en la provincia hay 37 poblaciones en que habitan 2,703 familias nativas compuestas de 10,524 personas, más 9,580 españoles distribuidos en 1,487 familias, o sea un total de 20,104 almas.

“Tanto los indios como los españoles —agrega— son muy a propósito para la guerra, pues se ejercitan en las armas y manejo de los caballos desde muy tiernos, para defenderse de las naciones

gentiles que les rodean por todas partes, menos por la del Sur, por donde confinan con la Nueva Vizcaya, en el paraje llamado Las Boquillas. Las armas de los indios son el arco y flecha, chuzos o lanzas, y algunas escopetas, y muchos tienen sus cueras. Las de los españoles son las mismas que usan en las demás provincias, siendo su fuerte la lanza, que manejan perfectamente; no tanto la escopeta por la escasez de pólvora que hay en aquel país, y que adquieren a sus expensas con mucho costo y trabajo; así llevan muy pocos tiros cuando salen a campaña, perdiendo en esto la ventaja del arma de fuego, cuyo respeto mantiene el equilibrio en la disparidad del poco número de nuestra gente, con el infinito de tantas naciones infieles.

“Actualmente están de paz las de los navajos, moquinos, yutas, apaches, carlanes y chilpaines, y sólo les incomodan los apaches gileños y pharaones; también reciben algunas vejaciones de los indios comanches, no obstante que suelen venir todos los años a la feria de Taos, donde cambalachan gamuzas, pieles de cíbolo y algunos esclavos de varias naciones, situadas al este, llevando en retorno ropas y caballos. Esta nación es de las más guerreras, se dice que vinieron del norte costearo la cordillera de las Grullas, conocida por los nuestros hasta cien leguas más arriba de la Nueva México, y que tardaron seis lunas o meses en llegar hasta nuestra frontera, donde, detenidos por nuestras armas, se inclinaron al Este, estableciéndose muchas rancherías en la orilla del río Napestle, y otras andan vagando en el terreno intermedio de este reino... en el que hay mucha abundancia de cíbolos, que son su principal alimento, con varias frutas, como las de Europa, que producen naturalmente las orillas de este río. Sus habitaciones son unas tiendas o barracas hechas de pellejo de cíbolo, y sus armas arcos y flechas, con algunos fusiles que adquieren de los franceses, con quienes comercian en el fuerte de los Taguayas.

“La Nueva México produce con abundancia todo género de semillas, por ser su temperamento muy parecido al de España: hay mucho ganado mayor y menor, y algunas crías de caballos, que salen bastante buenos, sobrando los pastos que son grama la mayor parte. El comercio de sus habitantes se reduce a cuatro gamu-

zas y pieles de cibolo, que sacan anualmente en cordón por Chihuahua, trayendo en cambio algunas ropas para vestir sus familias; también suelen ir a buscarlas los indios, pero regularmente sus mujeres se visten con los tejidos que ellas mismas fabrican, haciendo muy buenas mantas de lana, con varias labores de bastante primor, de que hacen camisas, faldillas y mantillas, y su calzado es una plantilla de suela puesta al medio de una gamuza de marca, que envuelven alrededor de las piernas, abultándolas como si llevaran unas fuertes botas.

“Los hombres cubren sus carnes con gamuza, imitando algo el traje español. También suelen sacar los vecinos algunas de estas mantas, medias y colchas, para comerciar afuera, sin hacer caso de las pieles de nutrias, castores, armiños y martas, que tienen en abundancia, por no conocer su utilidad.”

“Hay varios ríos, con muchos peces, con especialidad el Grande del Norte...; por éste se pudiera facilitar un comercio considerable a esta provincia, si se estableciese en sus orillas la frontera, y se poblase: pudiendo aquélla abastecer por agua estas nuevas plantaciones de vinos, aguardientes, semillas, maderas, etc., y enviar al Seno Mexicano los frutos superfluos, las lanas y pieles, siendo este río navegable en canoas por toda esta distancia, lo que produciría unos efectos admirables, y una suma facilidad para hacer de él una barrera impenetrable para los indios que actualmente se introducen por este despoblado, a destruir nuestras posesiones interiores.

“Se crían en aquellos montes cubiertos de encinas, pinos y sabinos de bastante corpulencia, cibolos, osos, coyotes, carneros monteses y venados, descollando entre éstos los alazanes de siete cuartas con las astas de dos varas desde la raíz hasta las últimas puntas, con mucha variedad de aves, entre las que abundan las perdices, que se cogen a mano después del primer vuelo, y también se hallan en ellos algunas minas de plata de corta ley, que no se trabajan”⁶.

Refiriéndose al distrito de El Paso, dice Lafora:

⁶ LAFORA, NICOLÁS DE, *Relación del Viaje que hizo a los Presidios Internos, situados en la frontera de la América Septentrional*. Cap. VII.

“Todo este pedazo de tierra está muy bien cultivado, produce cuanto en él se siembra, pero particularmente muy buenas uvas, que no ceden a las de España, y muchas frutas de Europa que hay en tanta abundancia, que las dejan podrir de los árboles; hacen un vino bastante regular y mejor aguardiente, pero a veces no cogen suficiente maíz para su manutención, por ocupar todo el terreno con las viñas y otras siembras”⁷.

ECONOMIA DE NUEVO MEXICO

Nuevo México vivía de la agricultura, la ganadería y el comercio. La industria minera no llegó a establecerse, aunque se hallaron indicios de ricos yacimientos, como hemos dicho. La manufactura, aparte de la preparación de pieles para el uso doméstico, el tejido de algodón en pequeñas cantidades y la alfarería, estaba reducida a la fabricación de mantas de lana por los pueblos indios.

Los valles de Nuevo México eran muy productivos. En los distritos superiores se cultivaba el maíz, el trigo, el algodón, el frijol y una especie de tabaco llamado *punche*. El Distrito del Sur, o sea El Paso, era famoso por sus huertos, que producían todo género de frutas, y sus viñedos. Un espléndido canal regaba grandes campos de trigo y maíz. Las haciendas eran enormes y ricas. En la del capitán Rubín de Celis, a diez leguas de El Paso, vivían 20 familias españolas. En la de Treval ordinariamente se sembraban 200 fanegas de trigo y 300 de maíz.

La ganadería era próspera. El ganado ovejuno floreció en el norte. El vacuno abundó en Taos. La cría de caballos se extendió a toda la provincia y las tribus bárbaras vecinas se aprovecharon de ella.

Cada año, en julio o agosto, Comanches y otras tribus de los llanos se reunían en Taos, donde tenía lugar una gran feria. Los indios gentiles traían pieles de búfalo y venado, con indios cautivos, que trocaban por cuchillos, navajas y otros implementos de metal, caballos, abalorios, bujerías y mantas.

⁷ Ib., cap. VI.

Los españoles condujeron el comercio indio a enormes distancias. Hacían frecuentes expediciones a los Jumanos, en la parte central de Texas, a los *Pawnees* y *Arapahoes*, más allá de Arkansas, y a la Cuenca de Utah.

El gran acontecimiento comercial del año era la feria de Chihuahua. Una caravana formada a veces hasta por 500 personas, con ganado, carretas y acémilas, salía de Nuevo México con destino a Chihuahua, donde tenía lugar el *cambalache* o trueque de artículos de la provincia por productos manufacturados. El valor de las exportaciones anuales fue estimado por el comandante general en treinta mil pesos. La partida y la vuelta de la caravana era un evento que afectaba de tal modo la vida de la provincia, que en 1766 el gobernador retardó la publicación de un importante bando hasta que la gente volviera a su "ordinaria anual salida".

ULTIMOS AÑOS DEL DOMINIO ESPAÑOL

Los últimos años del dominio español sobre Nuevo México (1800-1821) son de relaciones pacíficas con las tribus indígenas. Los nuevos presidios y un sistema de tratados y concesiones, produjeron excelentes resultados. Los Comanches, en particular, se mostraron amistosos, y tan fieles que informaban puntualmente de los movimientos de los angloamericanos en el noreste. Además —dice Bancroft— estaban "*ansiosos de ayudar a España a reprimir a los insurgentes de Hidalgo*".

En 1806 el teniente Melgares salió de Chihuahua con 100 dragones y 500 milicianos hacia el noreste. No era una expedición contra los indios, sino un viaje de exploración cuyo fin principal era afirmar la amistad de los nativos y buscar filibusteros. Melgares tuvo una conferencia con los Comanches, cruzó Texas y Arkansas e hizo una visita a la nación *Pawnee*, en Kansas.

En 1810, de acuerdo con la convocatoria a cortes expedida por la Junta Central, Nuevo México eligió y envió su representante a España en la persona de don Pedro Bautista Pino, origina-

rio y prominente vecino de la provincia. Este don Pedro Pino era un buen neo-mexicano y un patriota, como lo demuestra su interesante *Exposición*⁸ a las Cortes, en que previene el peligro de una agresión extranjera con la ayuda de las tribus bárbaras y propone el fortalecimiento de la defensa militar, la reorganización del ejército, la fundación de cinco nuevos presidios, o el traslado a la frontera norte de los que existían en las provincias internas. Desgraciadamente sus proposiciones no fueron atendidas.

A principios del siglo, comerciantes angloamericanos y aventureros de toda laya empezaron a entrar en Nuevo México. Ordinariamente caían en poder de los soldados neo-mexicanos y eran puestos en prisión.

La población creció de 1800 a 1821. Excluyendo el distrito de El Paso, el número de habitantes neo-mexicanos era de 30,000. Los nativos eran unos 10,000. Santa Fe, la capital, tenía unos 6,000 vecinos.

NUEVO MEXICO Y LA INDEPENDENCIA

Los neo-mexicanos no tomaron parte en la revolución de Hidalgo, ni se sabe que de alguna manera hayan intervenido en la lucha que siguió de 1811 a 1821, pero se unieron con regocijo y resueltamente al movimiento de Independencia que encabezó Agustín de Iturbide.

Fue el 11 de septiembre (1821) cuando "*la dulce voz de la libertad*" se escuchó por primera vez en Nuevo México y se juró el Plan de Independencia, Unión y Religión. El 26 de diciembre siguiente se recibió por correo la noticia de la entrada triunfal de Iturbide en la ciudad de México. Fue un "*día glorioso*". La noticia fue leída en voz alta al pueblo, que la festejó con vivas. El

⁸ PINO, PEDRO BAUTISTA, *Exposición sucinta y sencilla de la provincia de Nuevo México, hecha por su diputado en cortes, con arreglo a sus instrucciones*. Publicada por José Agustín Escudero, en México, 1849, bajo el título *Noticias históricas y estadísticas de la antigua provincia del Nuevo México, presentadas por su diputado en cortes D. Pedro Bautista Pino en Cádiz el año de 1812*.

gobernador Melgares pronunció un discurso en que exhortaba a los hijos de Nuevo México a demostrar a los tiranos que “aunque vivían en el último extremo de Norte América, amamos la sagrada religión de nuestros padres; apreciamos y protegemos la deseada unión entre los Españoles de ambos hemisferios, y con la última gota de nuestra sangre sostendremos la independencia del Imperio mexicano”.

Pueden los escritores angloamericanos, como Bancroft, hacer ironías a propósito de este lenguaje. A nosotros, mexicanos, nos conmueve, porque es conmovedor el hecho de que un puñado de mexicanos que vivía más allá de los desiertos, en aquella remota provincia cuya posesión habían estado defendiendo cada día, participaran del mismo sentimiento que agitaba el alma de la patria. La proclama del gobernador revela cómo la Unión, la Religión y la Independencia —las tres bases de Iguala, los tres colores de la Bandera que todavía veneramos— eran tres lazos que unían e identificaban a todos los hijos del antiguo reino de la Nueva España y del imperio recién nacido de las manos de Iturbide.

El 6 de junio de 1822 fue formalmente celebrada la Independencia, con profundo júbilo que se manifestó en triunfales paseos, alocuciones, bailes, etc. Desgraciadamente, esa Independencia iba a durar muy pocos años. Pronto el Imperio de Iturbide sería desmembrado, y la enorme provincia de Nuevo México —con su frontera Norte en el Paralelo 42 y que incluía los actuales estados de Colorado, Utah, Nevada y casi toda Arizona— y sus 60,000 almas de raza hispanoamericana, pasaría a manos extranjeras. Una provincia que tanto trabajo, tan grandes cantidades de dinero, tantas vidas —entre ellas muchas de santos, como las de los misioneros franciscanos—, nos había costado ganar, la perdimos en unos años de anarquía sangrienta y de traición a nuestra propia fe.

NUEVO MEXICO Y LA REPUBLICA

Caído el gobierno nacional de Iturbide y establecida la república, Nuevo México fue gobernado, en los primeros años, por je-

fes políticos y luego por gobernadores. Hasta 1824 fue una de las Provincias Internas y a partir del Acta Constitutiva se unió a las provincias de Chihuahua y Durango para formar el Estado Interno del Norte. Más tarde Durango y Chihuahua se erigieron en Estados independientes y Nuevo México fue declarado territorio de la federación⁹. Al mismo tiempo el distrito de El Paso —a ambos lados del Río— se agregó a Chihuahua. Bajo la nueva constitución de 1836, el territorio de Nuevo México se convirtió en Departamento, y así fue llamado hasta el fin del régimen mexicano.

Pronto surgió la discordia civil en una región donde las perturbaciones eran causadas en tiempos anteriores únicamente por las tribus bárbaras. Y el fuego de la discordia lo atizaban, como supondrá el lector, quienes tenían interés en apoderarse de aquel pedazo de tierra hasta entonces hispanoamericano. El pretexto fue la constitución centralista, el impuesto directo, o cualquier otro. Pero “los mexicanos creían —dice Bancroft—, y no enteramente sin razón, según me parece, que la revuelta era ‘otra cuestión Texana’, instigada más o menos directamente por los americanos, con el propósito de fomentar, por medio de trastornos revolucionarios, el descontento que se creía dominaba ya entre los neo-mexicanos”.

Según Bustamante, “la causa de la revolución la había dado la entrada de una porción de carros de Norte-América que trajeron muchas mercaderías, cuyos derechos no querían pagar los anglo-americanos, y tratando de estrecharlos a la exhibición el gobernador, le suscitaron el alzamiento”.

En agosto de 1837 se levantó en armas una multitud en la Cañada. El gobernador Pérez marchó al encuentro de los rebeldes en la mesa de San Ildefonso, pero la mayor parte de sus hombres se pasó al bando contrario y tuvo que regresar a Santa Fe. Disperso el pequeño grupo, cayeron sus hombres en poder de los revoltosos, que cobardemente asesinaron al gobernador Albino Pérez, al prefecto Santiago Abreu, al juez Ramón Abreu, al tesorero Fran-

⁹ O'GORMAN, EDMUNDO, *Breve Historia de las Divisiones Territoriales*.

cisco Serracino, al secretario Jesús María Alarid y otras personas, que fueron bárbaramente mutiladas.

Los alzados entraron en Santa Fe el 10 de agosto y nombraron gobernador a un indio de Taos, llamado José González, que no sabía leer ni escribir, y que expidió entre varios decretos uno en que nombraba una misión que pasaría a los Estados Unidos a pedir la agregación de Nuevo México a esa república. Y México no podía ocurrir al castigo de los asesinos y usurpadores porque estaba completamente anarquizado. Manuel Armijo, antiguo jefe político de Nuevo México, que residía en Tomé, fue quien tomó a su cargo sofocar la rebelión. González se retiró río arriba y pronto se reconoció la autoridad de Armijo, quien al fin recibió refuerzos, persiguió a los rebeldes y los derrotó en la batalla del 27 de enero de 1838. González y socios fueron capturados y fusilados.

UNA PAGINA DE GLORIA

Los tejanos —faltan palabras para calificar su conducta— siguieron fomentando el descontento entre los leales hijos de Nuevo México. Los enemigos que bajo la máscara de comerciantes se habían radicado en la provincia, en relación con los filibusteros, difundieron el rumor de que los neo-mexicanos sólo esperaban una oportunidad para echarse en brazos de los Estados Unidos porque estaban hartos de la tiranía. Según estos extranjeros, la gente de Nuevo México fervorosamente deseaba cambiar de patria, de bandera, de idioma, y ponerse bajo el dominio de otra raza tan digna, tan caballerosa y tan leal a sus compromisos como la de los tejanos.

Conforme a esta placentera idea se organizó en Texas una expedición de 300 hombres al mando de Hugh McLeod con el propósito de invadir Nuevo México, "soltar las cadenas" y establecer ahí la autoridad tejana. En junio de 1841 partió la expedición de Austin y en septiembre llegó a la frontera de Nuevo México.

El gobernador Armijo se hallaba al corriente de todo lo que pasaba y patrióticamente se dispuso a defender la integridad del

territorio. Fue de un lado a otro llamando a los neo-mexicanos a pelear por sus hogares; organizó fuerzas; puso en pie a las milicias cívicas y a los rurales; expidió proclamas haciendo saber al pueblo cuáles eran los verdaderos propósitos de los filibusteros; dio aviso de lo que ocurría a la comandancia de Chihuahua; pidió a la del Paso del Norte que le enviara las fuerzas auxiliares que, previendo este caso, estaban situadas allí. En una palabra, hizo lo que debió haber hecho.

La respuesta fue magnífica. El pueblo entero se levantó a defender su tierra de los invasores que la amenazaban. Bancroft declara: "Las masas del pueblo estaban lejos de querer aceptar la llamada libertad que le ofrecían los filibusteros, y los que gobernaban más lejos todavía de permitir un cambio de gobierno. Se hicieron todos los esfuerzos posibles para preparar la defensa, y se fomentó la idea corriente de que los tejanos eran valientes, pero temerarios malhechores de quienes se podía esperar, no libertad, sino pillaje, asesinato y afrenta".

Bien vigilada la 5a. columna que los tejanos habían introducido en Nuevo México, se prohibió a todos los extranjeros que dejaran sus lugares de residencia y se envió al capitán Dámaso Salazar a reconocer la frontera oriental. El 4 de septiembre, Salazar envió presos a la capital tres espías del ejército invasor. Se les prohibió abandonar la ciudad, pero escaparon; recapturados, se les fusiló. El 15, un mexicano llamado Carlos y un italiano, Brignoli, se separaron de la expedición y fueron a dar aviso de todo a las autoridades de Nuevo México. El mismo día cayeron en poder de los nuestros cinco invasores que, desarmados, fueron puestos en la cárcel. El siguiente día una fuerza de 94 tejanos al mando del coronel Cook y del capitán Sutton, se rindió al gobernador Armijo en Antón el Chico.

El gobernador estableció su cuartel general en Las Vegas; aquí distribuyó entre los soldados captores las propiedades tomadas a los tejanos, hizo una hoguera en la plaza con las proclamas del presidente de Texas y envió a Cook y a sus compañeros presos a México.

Rendida la fuerza de Cook, y en vista de que en Nuevo México les esperaba un caluroso recibimiento, los presuntos libertadores de-

sistieron de sus belicosas intenciones. McLeod, con el grueso del ejército, se rindió incondicionalmente en Laguna Colorada, entregando sus banderas, sus armas y municiones.

Todos los prisioneros fueron enviados a la ciudad de México. Algunos fueron puestos en libertad en abril del año siguiente y a los demás los soltó Santa Anna el día de su santo, 13 de junio. ¡Qué gentil!

Así, gracias a la lealtad de los habitantes de Nuevo México, fracasó esta expedición filibustera de tejanos.

Estos hablaron de vengarse. Estaban ofendidos. Apenas vueltos los prisioneros se propuso la organización de otro ejército invasor que no sólo ocuparía Nuevo México sino también Chihuahua y, de una vez, todo el Norte de México. Sería un ejército de 500 u 800 hombres bajo el mando del coronel Jacobo Snively. Armijo y Salazar serían cogidos, vivos o muertos.

Estos proyectos de invasión se redujeron a correrías de gavi-llas de malhechores tejanos que ejercían su venganza atacando las caravanas de comerciantes, a quienes mataban y robaban.

LA PERDIDA

Transcurren 7 años más. La fruta está madura. México no puede retener lo suyo. Viene la agresión del vecino fuerte, la guerra injusta. Derrotas. El invasor ocupa Paso del Norte en diciembre de 1846. Obtiene los triunfos de Bracitos y Sacramento y marcha contra Chihuahua, que ocupa el 1 de marzo de 1847. Al mando de Kearny, una fuerza de 2,000 hombres invade Nuevo México en agosto de 1846. Declara el territorio parte de la Unión Americana y establece autoridades en Santa Fe. Se alza la última llama de resistencia. El gobernador angloamericano y otros paisanos suyos son muertos en Taos, Arroyo Hondo y Río Colorado. El comandante Price mueve sus tropas contra las desorganizadas y valientes fuerzas mexicanas y las derrota. Da muerte o pone en fuga a los principales jefes de la resistencia y establece sin contradicción su autoridad sobre esa parte de nuestro país, irrevocablemente per-

dida desde entonces para México. Nombres de mexicanos que defienden hasta el último aliento lo suyo: Diego Archuleta, Tomás Ortiz, Pablo Chávez, Pablo Montoya.

Esta es, lector, a grandes rasgos, la historia de Nuevo México hasta el día en que dejó de pertenecernos. Pocos la conocen y para divulgarla la hemos reproducido aquí porque nos parece que es bueno que sepamos cómo se hizo y cómo fue la patria de los mayores.

BIBLIOGRAFIA

- BANCROFT, HUBERT HOWE, *History of the Pacific States of North America. Arizona and Mexico*. San Francisco, 1888.
- BEAUMONT, PABLO DE, *Crónica de la Provincia de Michoacán*. Méx., 1932.
- BOLTON, HERBERT E., *The Spanish Borderlands, Chronicles of America*, vol. XXII. New Haven, Conn., 1921.
- CAVO ANDRÉS, *Los Tres Siglos de México*, Méx. 1836-38.
- HAMMOND, GEORGE P., *Don Juan de Oñate and the founding of New Mexico*. Sta. Fe, 1927.
- LAFORA, NICOLÁS, *Relación del viaje que hizo a los presidios internos*. Méx., 1939.
- LÓPEZ PORTILLO Y WEBER, JOSÉ, *La Conquista de la Nueva Galicia*. Méx., 1935.
- MENDIETA, JERÓNIMO DE, *Historia Eclesiástica Indiana*. Méx., 1945.
- MOTA PADILLA, MATÍAS, *Historia de la conquista del reino de la Nueva Galicia*. Méx., 1870.
- OBREGÓN, BALTASAR, *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*. Méx., 1924.
- PACHECO, JOAQUÍN F., y otros: *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía*, 42 vols. Madrid, 1864-84.
- TORQUEMADA, JUAN, *Monarquía Indiana*. Méx., 1943.

Índice

<i>Expedición de Antonio de Espejo</i>	8
<i>Otras expediciones</i>	10
<i>Don Juan de Oñate</i>	13
<i>En demanda del Nuevo México</i>	15
<i>Muerte de Juan de Zaldívar y Batalla de Acoma</i>	17
<i>Nuevas exploraciones</i>	19
<i>Viaje a la mar del sur</i>	21
<i>Fin del Gobierno de Oñate</i>	22
<i>Florece las misiones</i>	23
<i>80 años de paz</i>	26
<i>Sublevación general</i>	27
<i>Nuevo México bajo Popé</i>	28
<i>La reconquista</i>	30
<i>Moquis y apaches</i>	31
<i>Exploraciones</i>	32
<i>Los padres prietos y los padres azules</i>	34
<i>Navajos, yutas, apaches</i>	35
<i>1750-1800</i>	37
<i>Las provincias internas</i>	38
<i>Descripción del reino</i>	40
<i>Economía de Nuevo México</i>	43
<i>Últimos años del dominio español</i>	44
<i>Nuevo México y la Independencia</i>	45
<i>Nuevo México y la República</i>	46
<i>Una página de gloria</i>	48
<i>La pérdida</i>	50
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	53

FIGURAS Y EPISODIOS DE LA HISTORIA DE MEXICO

Revista Mensual publicada por la Editorial C a m p e a d o r.

Distribución JUS. Plaza de Abasolo 14. Col. Guerrero. México 3, D. F.

NUMEROS PUBLICADOS:

No. 1.—	Legítima Gloria (2a. edición)	\$ 4.00
No. 2.—	Presidente sin mancha (2a. edición)	„ 3.00
No. 3.—	Santa Anna (2a. edición)	„ 3.00
No. 4.—	La Guerra de 3 años (2a. edición)	„ 3.00
No. 5.—	Huichilobos (2a. edición)	„ 3.00
No. 6.—	Hernán Cortés, Libertador del Indio (2a. Edición)	„ 3.00
No. 7.—	Zumárraga (2a. edición)	„ 3.00
No. 8.—	Dos Virreyes (2a. edición)	„ 4.00
No. 9.—	Iturbide. Un destino trágico (224 págs.) 2a. Edición	„ 10.00
No. 10.—	Aventurero sin ventura	„ 3.00
No. 11.—	La Batalla de León por el Municipio Libre ..	„ 5.00
No. 12.—	La Expulsión de los Jesuitas, o el principio de la Revolución	„ 3.00
No. 13.—	Ensanchadores de México	„ 4.00
No. 14.—	La Conquista de Filipinas	„ 4.00
No. 15.—	Don Vasco	„ 3.00
No. 16.—	Felipe de Jesús, el Santo Criollo	„ 5.00
No. 17.—	Doce Antorchas	„ 5.00
No. 18.—	Fray Pedro de Gante	„ 4.00
No. 19.—	Retablo Franciscano	„ 4.00
No. 20.—	Nuño de Guzmán	„ 4.00
No. 21.—	Cabalgata Heroica, Misioneros Jesuitas en el Noroeste.—I	„ 6.00
No. 22.—	Cabalgata Heroica, Misioneros Jesuitas en el Noroeste.—II	„ 5.00
No. 23.—	El Padre Kino, Misionero Itinerante y Ecues- tre	„ 4.00
No. 24.—	Dos Libertadores: Fray Julián Garcés y Fray Domingo de Betanzos	„ 4.00
No. 25.—	Hazaña Fabulosa: La Odisea de Alvar Núñez Cabeza de Vaca	„ 3.00
No. 26.—	Expediciones a la Florida	„ 4.00
No. 27.—	Las 7 Ciudades. Expedición de Francisco Váz- quez de Coronado	„ 5.00
No. 28.—	La Iglesia Mejicana en el Segundo Imperio ..	„ 6.00
No. 29.—	Nuevo México	„ 3.00